

viento y del agua, es por lo que en sus *Coplas* se siente, de manera entrañable, la urgencia y el llamado cardinal de lo telúrico.

Impresión de sacudida es la que dejan las *Coplas* de Antonio de la Torre, integradas a efluviio de tierra y primera agua de poesía. Un alto y hondo popularismo se decanta en la cuádruple raíz de estas canciones, en las que Cuyo obtiene cuerpo sentimental y evocativo. El suelo y el hombre, en dimensión unitaria y anchura expresiva, están presentes en cada imagen, en cada verso, en cada giro vernáculo y emocional de la cuarteta octosílaba. El rumbo de su orgullo se equilibra en esta copla: "Soy de la tierra del vino — y del Zonda bramador; — a tragos se va la vida, — al viento se va el amor!" . . . Y la profundidad vocacional, el misterio mismo del nacimiento del verso, lo vierte en este breve y armonioso grito: "Copla por haber soñado, — copla por haber vivido, — y copla por lo reído — y copla por lo llorado . . ."

Franqueamiento y llamado del territorio aborigen constituyen lo más ceñido y señero de estas *Coplas*. Ágiles y frescas, lucen mondadas de todo artificio; en ellas no existe rebusca retórica ni alambicamiento psicológico. Son expresiones enteras de emoción sencilla en trance de simplicidad. La mejor conquista de Antonio de la Torre consiste en expresar la vocación de la tierra y el amor del hombre, y en expresarla en síntesis emotiva en la que lo intenso se ha trabajado a través de lo espontáneo. Este es su mérito más grande y éste es su mayor elogio.

* * *

MANUEL UGARTE, *Escritores iberoamericanos de 1900*.—Santiago de Chile, Ediciones "Orbe", 1943. 252 pp.

Cronológicamente y en rigor, abarca el libro de Manuel Ugarte *Escritores iberoamericanos de 1900*, la generación así denominada, y cuyos componentes, en su sector más anchuroso, ya han desaparecido de la escena contemporánea. Los doce escritores cuyo significado indaga y cuyas vidas perfila, encontraron un estilo propio, crearon un cuño, que es cosa distinta a lo modal. El estilo crea, se prolonga y organiza la existencia. La moda imita, dura poco, es externa y se distingue por la transitoriedad de sus componentes. La generación de 1900 creó un estilo de vida: el arielismo. Las tendencias "ísmicas" que la sucedieron no han llegado a plasmarse en estilo. De ahí la importancia que adquiere la valoración social y artística y hasta la indagatoria de los giros preferidos por los novecentistas.

Así como en España la Generación del 98 toma en conducta y en carácter un ademán semejante, la generación americana del 900 toma una idéntica posición artística; a la una la define el desencantado escepticismo y a la otra un desdén por todo lo que no sea aventura del espíritu. Escéptica la una, optimista la otra, convergen ambas a la adaptación al cómodo vivir burgués, aun cuando los americanos vivan en atmósfera de exilio, desarraigados de su tierra, alcanzando a adaptarse sólo transitoriamente.

Si grandes son las diferencias entre la generación española del 98 y la americana del 900, para las letras y el pensamiento iberoamericano significan ambas un renacimiento. Ahora bien, si el aporte de España ha quedado ya de sobra clarificado, no acontece lo mismo con el aporte de América. Torres-Rioseco y Luis Alberto Sánchez son los críticos que con mayor cabalidad establecieron sus límites, sus diferencias notorias, sus comunes simpatías y su significado como movimiento de renovación total. Ahora llega Manuel Ugarte, con el vigésimotercero de sus libros, a emitir fervorosamente su testimonio, a establecer su valoración, y a indagar, anecdótica y biográficamente, el aporte y el sentido de Francisco Contreras, Delmira Agustini, José Santos Chocano, Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Belisario Roldán, Florencio Sánchez, Alfonsina Storni y José María Vargas Vila.

Manuel Ugarte, con su habitual actitud de mosquetero, tiende a desbaratar turbias leyendas, y, con hondura psicológica, va dilucidando las reacciones y la posición de cada escritor que enjuicia. La más viva y valedera figura de su retablo —acaso porque la traza con mayor simpatía— es la de Rubén Darío. Salvando lo vidrioso de sus circunstancias, rescatando la verdad de su pobreza, sigue el sutil hilillo del destino que lo movió en el escenario del mundo. Pero con ser testimonialmente valioso su aporte psicológico y la calidad de sus anécdotas, la verdadera medula de *Escritores iberoamericanos de 1900* la constituye la profunda actitud dilucidadora con respecto a la condición social del escritor y la forma en que Manuel Ugarte asume la defensa moral e histórica de la generación a que pertenece.

Al planear su alegato, al ir fraguando sus hechos, doctrinas, tendencias y contornos característicos, Ugarte irrumpe por los siguientes cauces: a) Establece los valores cotizables en América en el orden jerárquico de la riqueza, la influencia política y los nexos de familia; b) Perfila a la generación de 1900 como integrada por escritores en exilio, que residieron en Madrid o en París, como escapando al ambiente mezquino y bárbaro de sus pueblos natales; c) Dilucida la cuestión de la pobreza de los escritores y establece —a base de una experiencia personal— el antagonismo entre el escritor y el político, entre cuyos campos existe incompatibilidad integral; d) Finalmente nos entrega su corolario, al establecer que los únicos que mostraron simpatía por los intelectuales fueron los gobiernos fuertes. "Como en tiempos de los príncipes —afirma Manuel Ugarte—, los tiranos cumplieron en medio de violencias reales o pretendidas, una alta misión cultural."

Con un amplio margen de aguda polemización, reitera e insiste Ugarte en el análisis del desamparo material y moral en que actuaron los escritores de 1900, señala como causa específica un cierto pseudo-tradicionalismo de mala raíz hispana, el desmedido crecimiento económico de los países del Río de la Plata —que ha desajustado su espíritu auténtico— y la idiosincrasia americana de no tolerar más que determinadas dosis de inteligencia, combatiendo a toda figura notoria que sobrepase el nivel de lo mediocre.

“La tradición de nuestros pueblos —según Manuel Ugarte— es dedicar atención a la muerte y no a la vida. Siempre fué celebrada y premiada, más que la obra, la defunción. Como si la colectividad sólo se reconciliase con los que dejan de existir, como si se sintiese aliviada al desembarazarse de ellos.”

Escritores iberoamericanos de 1900 es, pues, una desgarrada indagatoria de hombres y situaciones, un alegato y una defensa apasionada, de la que no se excluye el buen humor, un retablo anecdótico encaminado a obtener perfiles psicológicos y una postura, no sólo de lo más característico del grupo de 1900, sino del propio Manuel Ugarte, quien —no obstante erróneas perspectivas políticas— bucea en un gran momento de la historia literaria de América, con ímpetu y pasión, al ir revelando la estructura novecentista hecha de sangre bullente y arrebatao apartamiento a toda acción eficaz.

* * *

ALBERTO F. URRUTIA, *Música del más allá*.—Rosario, Argentina, Edición de “La Capital”, 1943. 134 pp.

Cuentos un tanto equívocos los que acabo de leer. Cuentos de autor realista, y como realista, nada equívoco; antes llano, de llaneza simple, de tonos opacos, muy propios de quien se mueve entre la luz y la sombra. La creación capital de Alberto F. Urrutia —Secretario de Redacción de *La Capital*, Rosario, Argentina— es la de quien, aun jugando con lo maravilloso, lo hace apoyándose continuamente en la realidad, en las anécdotas personales, suyas y de sus amigos. El estilo de los doce cuentos que integran *Música del más allá* es materialista, con mucho de vegetal, de planta que crece espontánea, con palabras sordas, sin riqueza de vocabulario, con términos de cocina periodística, pero sobre todo, abundante en un deseo de fuga, en un saturamiento de vida y de pasión.

Urrutia es, en esencia, un relator periodístico, y de ser tal procede toda su fuerza. Sus cuentos están movidos por corrientes vitales, por la representación de las costumbres, por un don humorístico y una actitud amarga. El curioso de sensaciones, el que busca la maravilla de lo sobrenatural, el que no se conforma con lo superficialmente pintoresco, debe buscar un plato más fuerte. Aquí, lo sobrenatural se da apenas entrevisto, siendo el eje sobre el que giran los cuentos, no la truculencia, sino la simpatía por la vida. Alberto F. Urrutia siente piedad y ternura por el destino del hombre y, no obstante, aborda sus problemas con una objetividad irónica. Un retazo de vida, dolorosa y rota, llena al cuentista de melancolía, y al aprehenderla va creando esas narraciones de una ligereza cruel y una bondad amarga.

Ni evocador ni psicólogo de la Argentina, sino narrador de situaciones corrientes, Urrutia es además —y de una manera auténtica— un humorista que aparenta no serlo, un humorista disfrazado a quien le place